

Versalles, Fontainebleau, Choisy, Marly, la Muette, Compiègne, Trianon, Saint-Hubert, Bellevue, Rambouillet; y generalmente lo está con toda su corte. Así es como de Luynes pudo escribir en Mayo de 1755: «El domingo 1.º de Junio á Choisy hasta el lunes por la noche. El martes 3, á Trianon hasta el miércoles. El jueves 5, regreso á Trianon, donde permaneceré hasta después de la cena del sábado. El lunes 9 á Crecy hasta el viernes 13. Vuelta á

Crecy el 16 hasta el 21. El 1.º de Julio á la Muette, el 2 á Compiègne.» Especialmente en Choisy y en Fontainebleau, todo el mundo está alegre. En Fontainebleau «el domingo y el viernes, juego; lunes y miércoles concierto en los salones de la reina; martes y jueves los cómicos franceses y el sábado los italianos;» hay diversión para todos los días de la semana. En Choisy, escribe la Delfina, según puede verse en la *María Antonieta*, de Arne y



El canciller de Auguesseau

Geoffroy «desde la una de la tarde en que se come se pasa hasta la una de la madrugada sin retirarse... Después de comer se juega hasta las seis de la tarde, hora en que se va á una función que dura hasta las nueve y media, en seguida á cenar, y luego, juego otra vez hasta la una y á veces hasta la una y media de la madrugada.» En Versalles donde se lleva una vida más moderada, no hay más que dos funciones y un baile cada semana, pero todos los días hay reunión y juego en casa del rey, en la de sus hijas, en la de su querida y en la de su nuera, sin contar las partidas de caza y tres pequeños viajes por semana. Se ha contado que hubo año en que Luís XV no durmió más que cincuenta y dos noches en Versalles, y dice muy bien el embajador de Austria que «su género de vida no le deja ni una hora al día para ocuparse en asuntos serios.» En

cuanto á Luís XVI, hemos visto que escatima á los placeres algunas horas de la mañana, pero la máquina está montada y le arrastra. ¿Cómo librarse de sus huéspedes y dejar de hacer los honores de su casa? Las conveniencias y la costumbre son despotas también; y á ellos debe añadirse otro tercero, más absoluto todavía, la loca é imperiosa vivacidad de una reina joven que no puede resistir una hora de lectura. En Versalles, tres funciones y dos bailes por semana; dos grandes cenas el martes y el jueves y de vez en cuando la Ópera en París. En Fontainebleau, tres funciones á la semana, los demás días juego y cena. Al siguiente invierno, da la reina cada semana un baile de máscara en que «la preparación de los trajes, las contradanzas figurando pantomimas y los ensayos diarios, se llevan toda la semana.» Durante el Carnaval de 1777, además de sus propias

fiestas, tiene los bailes del Palacio Real y los de máscara de la Ópera; algo más tarde, en casa de la condesa Diana de Polignac, encuentro otra á la que asiste con toda la familia real menos los infantes y que dura desde las once y media de la noche hasta las once de la mañana. Mientras tanto en los días ordinarios, el faraón hace furor; en su salón, «el juego no tiene límites,» en una velada el duque de Chartres pierde en él ocho mil luises. Verdadera-

mente esto parece un Carnaval italiano; nada falta allí, ni las máscaras, ni la comedia de sociedad, se juega, se ríe, se baila, se come, se escucha música, se viste, se hacen jiras campestres, se dicen galanterías y maledicencias. «La canción nueva, dice Mme. de Campan, camarera sería é instruída, la ocurrencia del día, las pequeñas anécdotas escandalosas, formaban los únicos entretenimientos del círculo íntimo de la reina.» Para el rey, que es



La dama de la reina

algo torpe y necesita ejercicio corporal, la caza es su gran ocupación. De 1775 á 1789, según Nicolardot en su *Journal de Louis XVI*, pág. 129, recapitulando él mismo lo que había hecho, recuerda «104 cazas de jabalí, 134 de ciervo, 266 de gamo, 33 cazas con perros malos y estropeados, y 1.025 cazas con escopeta;» en junto, 1.562 días de caza, es decir, de cada tres días uno de caza, por lo menos, y, además de esto, 149 viajes sin cazar y 223 paseos á caballo ó en carruaje. Según de Hezecques y Arturo Young, «durante cuatro meses del año va á Rambouillet dos veces á la semana, y no vuelve hasta después de haber cenado, es decir, á las tres de la madrugada.» Esta inveterada costumbre acaba por convertirse en manía, y hasta en algo peor.

«No hay ejemplo,—escribe Arturo Young, en 26 Junio de 1789,—de un abandono y de una estupidez semejantes á las de la corte; los momentos exigirían la mayor decisión, y ayer, mientras se discutía si sería dux de Venecia ó rey de Francia, el rey estaba de caza.» Su diario parece el de un picador. Leedle en las fechas más importantes, y quedaréis estupefactos, por lo que en ellas anota. Pone *nada* en los días en que no ha estado de caza, y es que para él estos días están huecos. «11 Julio 1789, *nada*; partida de MM. Montmarin de Saint-Priest y de la Luzerne. 13, *nada*; 14 Julio, *nada*; 29 Julio, *nada*; regreso de M. Necker... 4 Agosto, caza del ciervo, en el bosque de Marly; cazado uno; ida y vuelta á caballo.... 13 Agosto, audiencia de los Estados en

la galería; *Te-Deum* durante la misa rezada; el tren ha cogido un ciervo en Marly... 25 Agosto, audiencia de ceremonia de los Estados; misa mayor, con cordones encarnados; juramento de M. Bailly; vísperas y oración; gran cubierto... 5 Octubre, caza con escopeta á la Puerta de Châtillon; matadas 81 piezas; interrumpida por los acontecimientos; ida y vuelta á caballo. 6 Octubre, partida para París, á las 12 y media de la tarde; visita á la Casa de la Ciudad; cenado y dormido en las Tullerías. 7 Octubre, *nada*; mis tías han venido á comer. 8, *nada*... 12, *nada*; se corre el ciervo en Port-Royal.» Encerrado en París, cautivo de la multitud, su corazón sigue siempre á su jauría. Muchas veces, en 1790, se lee en su diario que tal día corre el ciervo por tal punto; sufre por no estar allí. No hay privación que le sea más intolerable que ésta; se vuelve á encontrar la huella de su tristeza hasta en la protesta que redacta antes de partir á Varennes. Conducido á París, sedentario en las Tullerías, «donde lejos de hallar las comodidades á que estaba acostumbrado, no halla siquiera las distracciones que se procuran las personas acomodadas,» le parece que su corona ha perdido su más bello florón.

IV

Á tal general, tal estado mayor; los grandes imitan al monarca. Como una colosal efigie de mármol precioso erigida en el centro de Francia, y cuyas copias reducidas se esparcen por miles de ejemplares en todas las provincias, así se copia y se repite la vida real, en más pequeñas proporciones, hasta el más apartado solar. Se figura y se recibe; se representa y pasa el tiempo en sociedad. Veo primeramente, al rededor de la corte, una docena de cortes de príncipe; cada príncipe ó princesa de la familia real tiene, como el rey, una casa puesta, pagada, en todo ó en parte, por el Tesoro, distribuída en servicios diferentes, con gentil-hombres, pajes, damas de honor; en una palabra, 50, 100, 200 y hasta 500 empleos. Hay una casa de este género para la reina, otra para la infanta Victoria, otra para la infanta Adelaida, otra para el hermano del rey, otra para su mujer, otra para el conde de Artois, otra para la condesa; habrá una para la infanta real, otra para el pequeño Delfín, una para el duque de Normadía, hijos, los tres, del rey; una para el duque de Angulema, una para el duque de Berry, hijos del conde de Artois; á partir de la edad 6 ó 7 años, los hijos tienen ya su representación, y reciben. Si me fijo en una fecha preciosa, la de 1771,

en la cual, como puede verse en el Archivo nacional, se pagaban de pensión 150.000 francos al duque de Orleans, 100.000 al príncipe de Condé, 70.000 al de Clermont, 60.000 al duque de Borbón, 60.000 al príncipe de Condé, 60.000 al conde de la Marche, 60.000 á la viuda de Conti, 50.000 al duque de Penthièvre, 50.000 á la princesa de Lamballe y 50.000 á la duquesa de Borbón, encuentro todavía una para el duque de Orleans, otra para el de Borbón, otra para la duquesa, otra para la princesa de Condé, otra para el conde de Clermont, otra para la princesa viuda de Conti, otra para el príncipe, otra para el conde de la Marche y otra para el duque de Penthièvre. Cada uno de estos personajes, además de su habitación en casa del rey, tiene su castillo ó su palacio propios, en que tiene su sociedad; la reina en Trianon y en Saint-Cloud, las infantas en Bellevue, el infante en Luxemburg y Brunoy, el conde de Artois en Meudon y en Bagatelle, el duque de Orleans en Palais-Royal, en Monceaux, en Raincy y en Villers-Cotterets; el príncipe de Conti en el Temple é Ile-Adam, los condes en el palacio Borbón y en Chantilly, el duque de Penthièvre en Seceaux, Anet y Chateaufort; y todavía omito la mitad de esta clase de residencias. En el Palais-Royal todas las personas presentadas pueden ir á cenar, en los días de ópera. En Chateaufort todos los que van allí de visita son invitados á comer, los nobles á la mesa del duque y los demás á la mesa de su primer gentil-hombre. En el Temple, las cenas del lunes reúnen ciento cincuenta convidados. Cuarenta ó cincuenta personas, decía la duquesa del Maine, son «lo particular de una princesa.» El séquito de los príncipes es tan inseparable de su persona, que les sigue hasta en el campo. «El señor príncipe de Condé,—dice M. de Luynes,—parte para el ejército mañana, con gran acompañamiento. Tiene 225 caballos, y 100 el señor conde de La-Marche. El señor duque de Orleans parte el lunes; tiene 350 caballos para él y su séquito,» y, según el mismo Luynes, en el ejército de Westfalia, el conde de Estrées, general en jefe, tenía 27 secretarios, y Grimm fué el vigésimo octavo; y cuando el duque de Richelieu partió para su gobierno de Guyena necesitó, en todo el camino, relevos de 100 caballos. Tras los parientes del rey, todos los grandes que tienen representación en la corte figuran también en su casa, en su palacio de París ó de Versalles y en su castillo, á algunas leguas de París. Por todas partes se encuentra en las memorias, aunque en pequeño, alguna de estas existencias señoriales. Tal es la del duque de Gèvres, primer gentil-hombre

de cámara, gobernador de París y de Ile-de-France, que tiene, además, los gobiernos particulares de Laon, Soissons, Noyon, Crespy, Valois, la jefatura del soto de Mousseaux y 20.000 libras de pensión; verdadero hombre de corte, especie de ejemplar de la gente de su clase en alto relieve, y que por sus empleos, su favor, su lujo, sus deudas, su consideración, sus gustos, sus ocupaciones y la movilidad de su ingenio, nos representa toda la buena sociedad en abreviatura. En materia de parentescos y genealogías, su memoria es sorprendente; posee á fondo la preciosa ciencia de la etiqueta, y bajo estos dos títulos es un oráculo muy consultado. «Ha acrecentado mucho la belleza de su casa y de sus jardines en Saint-Ouen.» «En el momento de morir,—dice M. de Luynes,—acababa de agregar á ellos 25 fanegas, que había comenzado á hacer cercar dentro de una adornada terraza...» «Tenía una casa numerosa en gentil-hombres, pajes y domésticos de todas clases, y gastaba prodigiosamente... Todos los días daba un gran banquete... Y casi en todos, también, audiencias particulares. No había nadie en la corte ni en la ciudad que no le hiciera la corte. Los mismos ministros y los príncipes de la real familia le ofrecían sus respetos. Recibía áun estando en cama. Escribía y dictaba en medio de una numerosa compañía... Su casa de París y su departamento en Versalles no se desocupaban nunca, desde que se levantaba hasta que se acostaba.»

Dos ó trescientas casas en París, en Versalles y en las cercanías, ofrecen un espectáculo semejante. Nunca se está solo; «es costumbre en Francia,—dice Horacio Walpole,—quemar hasta el cabo su candela en público.» El palacio de la duquesa de Gramont es asaltado, desde por la mañana, por los más grandes caballeros y las más escopetadas señoras. Cinco veces cada semana, en casa del duque de Choiseul, á las diez de la noche, el mayordomo entra á echar una ojeada á los salones, en la inmensa y repleta galería, y (como puede verse en de Goncourt) hace poner, según le parece, cincuenta, sesenta ú ochenta cubiertos en la mesa; en breve, á la vista de este ejemplo, todas las casas ricas se glorían de tener mesa puesta para todas las visitas. Naturalmente, los medrados, los rentistas que compran un título ó se dan el nombre de alguna posesión, todos estos negociantes é hijos de tales que desde Law se codean con la nobleza, copian sus maneras. Y no hablo aquí de los Bouret, de los Beaujon, de los Saint-James y otros verdugos de dinero, cuyo boato ofusca el de los príncipes. Considerése á un simplesocio en los arriendos, M. d'Épinay, cuya espo-

sa, fina y modesta, se resiste á tanta ostentación. Este asociado, según Mme. d'Épinay en sus memorias, «acaba de completar su servicio doméstico,» y hubiera querido que ella tomase una segunda camarera, pero se resistió. Á pesar de ello, en esta casa económica «los empleados, las mujeres y los criados llegan á 16... Cuando M. d'Épinay está levantado, su criado se prepara para vestirle. Dos lacayos permanecen en pié, aguardando sus órdenes. El primer secretario entra con el objeto de dar cuenta de las cartas recibidas y que está encargado de abrir; pero en esta operación experimenta doscientas interrupciones, por todas las clases de motivos imaginables. Unas veces es un chalán que tiene para vender caballos sin igual. Luégo es un tunantuelo que viene á vocear una canción, y á quien se concede protección para hacer que ingrese en la Ópera, después de haberle dado algunas lecciones de buen gusto y de haberle enseñado lo que es la limpieza del canto francés. En seguida es una joven, á quien se hace aguardar para saber si yo estoy todavía allí... Me levanto y me marchó. Los dos lacayos abren las dos hojas de la puerta para dejarme salir á mí, que en tal momento pasaría por el ojo de una aguja, y los dos rufianes gritan en la antecámara: «Señoras, señores, la señora.» Todo el mundo se pone en fila, y estos señores son mercaderes de telas, de instrumentos, ó de bisutería, vendedores ambulantes, lacayos, limpiabotas, acreedores; en fin, todo lo que de más ridículo y de más lastimoso puede imaginarse. Las doce dan, ó la una, antes que ese tocador haya concluido, y el secretario que, indudablemente, sabe por experiencia la imposibilidad de dar cuenta detallada de los asuntos, tiene un pequeño borrador, que pone en manos de su principal, para enterarle de lo que éste debe decir en la junta de arrendatarios.» Ociosidad, desorden, deudas, ceremonial, tono y maneras de protector, todo esto parece una parodia del verdadero mundo; es que nos hallamos en el último peldaño de la aristocracia. Y, sin embargo, la corte de M. d'Épinay se parece, en pequeño, á la del rey.

Con mayor motivo, pues, se necesita que los ministros, embajadores y oficiales generales que tienen el empleo del rey, figuren de una manera grandiosa. Ninguna otra circunstancia hizo tan brillante, ni más costoso el antiguo régimen; en esto como en todo lo demás, Luís XIV es el principal autor del mal, lo propio que del bien. La política establecida por la corte prescribía el fausto. «Era darle gusto el darse al fausto en el traje, en la mesa, en los trenes, en los edificios y en el juego; eran estos otros tantos mo-